

Compromiso del día 20

Leer y meditar el siguiente texto:

En la aparición del 13 de julio de 1917, la Santísima Virgen María mostró el infierno a los tres pastorcitos de Fátima. Veinticuatro años después, Sor Lucía escribe lo sucedido al obispo de Leiria D. José Alves Correia da Silva, que posteriormente enviará a Roma al Santo oficio. Los escritos que redacta la hermana Lucía sobre los acontecimientos de Fátima, se recogen en el libro de las “Memorias”.

Este extracto de la carta de Sor Lucía al obispo, nos muestra claramente la existencia de la verdad de fe que profesamos en el credo: el infierno. Santa Jacinta Marto, que contaba con apenas seis años, quedó profundamente impresionada por esta visión, y desde ese momento, comenzó a ofrecer oraciones y sacrificios por la conversión de los pecadores y la salvación de las almas. Sobre esto, nos dice Sor Lucía:

“Bien; ahora respondo yo al segundo punto de interrogación que, de muchos sitios, hasta aquí me han llegado. ¿Cómo es que Jacinta, siendo tan pequeñita, se dejó poseer y llegó a comprender tan gran espíritu de mortificación y penitencia? Me parece a mí que fue debido: primero, a una gracia especialísima que Dios, por medio del Inmaculado Corazón de María, le concedió; segundo, viendo el infierno y las desgracias de las almas que allí padecen. Algunas personas, incluso piadosas, no quieren hablar a los niños pequeños sobre el infierno, para no asustarlos; sin embargo, Dios no dudó en mostrarlo a tres y una de ellas contando apenas seis años; y Él bien sabía que había de horrorizarse hasta el punto de, casi me atrevería a decir, morir de susto.”

La hermana Lucía narra así la visión del infierno:

“Nuestra Señora nos mostró un gran mar de fuego que parecía estar debajo de la tierra. Sumergidos en ese fuego, los demonios y



las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana que fluctuaban en el incendio, llevadas por las llamas que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo que caían hacia todos los lados, parecidas al caer de las pavesas, en los grandes incendios, sin equilibrio ni peso, entre gritos de dolor y gemidos de desesperación que horrorizaba y hacía estremecer de pavor. Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes y negros. Esta visión fue durante un momento, y ¡gracias a nuestra Buena Madre del Cielo, que antes nos había prevenido con la promesa de llevarnos al Cielo! (en la primera aparición). De no haber sido así, creo que hubiésemos muerto de susto y pavor. Inmediatamente, levantamos los ojos a Nuestra Señora que nos dijo con bondad y tristeza:

– Visteis el infierno a donde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si se hace lo que os voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz.

Al tener la visión del infierno, Jacinta se horrorizó de tal manera, que todas las penitencias y mortificaciones le parecían nada para salvar de allí a algunas almas. Con frecuencia se sentaba en el suelo o en alguna piedra y, pensativa, comenzaba a decir:

– ¡El infierno! ¡El infierno! ¡qué pena tengo de las almas que van al infierno! ¡Y las personas que, estando allí vivas, arden como la leña en el fuego! Y, asustada, se ponía de rodillas, y con las manos juntas, rezaba las oraciones que Nuestra Señora nos había enseñado:

– ¡Oh Jesús mío, perdónanos, líbranos del fuego del infierno, lleva al Cielo a todas las almas, especialmente a aquellas que más lo necesitan!

Y permanecía así, durante largo tiempo, de rodillas, repitiendo la misma oración. De vez en cuando me llamaba a mí o a su hermano (como si despertara de un sueño):

– Francisco, Francisco, ¿vosotros rezáis conmigo? Es preciso rezar mucho, para librar a las almas del infierno. ¡Van para allá tantas! ¡tantas!

Cuando durante la enfermedad iba algún día a Misa, le decía:

– Jacinta, ¡no vengas! Tú no puedes. ¡Hoy no es domingo!

– ¡No importa! Voy por los pecadores que no van ni los domingos.

Si alguna vez oía algunas de esas palabras feas, que alguna gente hacía alarde de pronunciar, se cubría la cara con las manos y decía:

– ¡Dios mío! ¿No sabrán estas gentes que por pronunciar estas cosas pueden ir al infierno? Jesús mío, perdónalas y conviértelas. Cierto es que no saben que con esto ofenden a Dios. ¡Qué lástima, Jesús mío! Yo rezo por ellos.

Y ella repetía la oración enseñada por Nuestra Señora:

– ¡Oh, Jesús mío, perdónanos! etc.”

El Señor y su Santísima Madre no desoyeron las súplicas fervientes de esta pequeña niña, y ya en vida, muchas personas fueron testigos de milagros, que, por intercesión de Jacinta, Nuestra Señora les concedía. Así lo relata Sor Lucía en las Memorias:

“Nos encontró un día una pobre mujer, y, llorando, se puso de rodillas delante de Jacinta, pidiendo que consiguiese de Nuestra Señora ser sanada de una terrible enfermedad. Jacinta, al verla de rodillas, se afligió y le cogió las manos trémulas, para que se levantase. Pero viendo que no lo conseguía, se arrodilló también y rezó con la mujer tres avemarías. Después le pidió que se levantara, que Nuestra Señora había de curarla; y no dejó de rezar nunca por ella, hasta que, pasado algún tiempo, volvió a aparecer para agradecer a Nuestra Señora su curación.

En otra ocasión fue un soldado al que encontramos llorando como un niño; había recibido orden de partir a la guerra y dejaba a su mujer enferma en la cama con tres hijos pequeños. El pedía, o la salud de la mujer, o bien la anulación de la orden. Jacinta le invitó a rezar con ella el Rosario. Después le dijo: – No llore; Nuestra Señora es tan buena, que seguro que le concede la gracia que le pide.

Y no se olvidó jamás de su soldado. Al final del Rosario, siempre rezaba una Avemaría por el soldado. Pasados algunos meses, apareció con su esposa y sus tres hijos para agradecer a Nuestra Señora las dos gracias recibidas. A causa de unas fiebres que le habían dado la víspera de la partida, quedó libre del servicio militar; y su esposa, decía él, fue curada milagrosamente por intercesión de Nuestra Señora.”